

UN SERMÓN SOBRE LA PREPARACIÓN PARA LA MUERTE

Martín Lutero¹
1519

Contenido

Introducción histórica

I. La preparación corporal y espiritual para la muerte

La preparación corporal
La preparación espiritual

II. Las imágenes de la muerte, el pecado y el infierno

La imagen horrible de la muerte
La imagen aterradora del pecado
La imagen insoportable del infierno

III. Contemplar la muerte, el pecado y el infierno a través de Cristo en la cruz

Contemplar la muerte a través de la muerte Cristo en la cruz
Contemplar el pecado a través de la gracia de Cristo en la cruz
Contemplar el infierno a través del desamparo Cristo en la cruz

IV. El consuelo de la triple imagen de Cristo en la cruz

Su anticipo en el Antiguo Testamento
Su cumplimiento en el Nuevo Testamento
Cristo mismo fue confrontado por la muerte, el pecado y el infierno

V. El beneficio y la estima de los santos sacramentos

El beneficio de los santos sacramentos
La estima de los santos sacramentos

VI. Dios y la comunión de los santos en la hora de la muerte

Ningún cristiano está sólo en la hora de la muerte
La oración en la hora de la muerte

Conclusión

¹ Martín Lutero: Obras Seleccionadas (1987), Volumen 1, Ed. Sinodal-Concordia Ed.: San Leopoldo-Porto Alegre, pp. 385-398. Traducido por Adrián Correnti el 16 de junio de 2017.

Introducción histórica

La muerte está constantemente presente en la vida humana. Es también el punto final de la misma. Más temprano o más tarde, cada persona precisa enfrentarla.

En la época de Lutero, bien como en la Edad Media, la muerte era vista como el implacable “último enemigo” (1 Co. 15:26) del ser humano. Las personas se sentían terriblemente atemorizadas por las “imágenes” de la propia muerte, del pecado, cuyo “salario” es la muerte, según la comprensión bíblica (Ro. 5:12; 6:23; 7:13), y del infierno, el paradero de los pecadores no arrepentidos. Muchas obras de arte muestran tales imágenes con abundantes detalles.

Para alejar esos temores, las personas buscaban consuelo de todas las maneras posibles. Buena parte de la religiosidad popular de aquellos tiempos no era más que una manifestación de tal búsqueda. Surgió también toda una literatura pastoral de consuelo, que venía al encuentro de esos anhelos. El libro más conocido de ese género era *El arte de morir*, de 1470. También Juan von Staupitz (1469-1524), el superior de Lutero en la Orden de los Agustinos Eremitas, publicó en 1515 un librito intitulado *Sobre la imitación del morir solícito de Cristo*, una antología de oraciones medievales referentes al asunto.

A comienzos de mayo de 1519, Marcos Schart (m. 1529), consejero del príncipe elector de Sajonia, Federico el Sabio (1463-1525), pidió a Lutero, por intermedio de Jorge Espálatin, una orientación sobre la preparación para la muerte. Lutero, muy ocupado con importantes discusiones teológico-eclesiásticas, le indicó el librito de Staupitz, redactando el presente sermón apenas a mediados de octubre de 1519. El 1º de noviembre envió los primeros ejemplares a Espálatin, para que este entregase algunos a Schart. Todavía existe el ejemplar con la dedicatoria del puño del propio Lutero. El autor recibió del consejero, en señal de agradecimiento, 10 florines, que Lutero dio inmediatamente a un pobre.

El sermón muestra a Lutero como pastor, que va al encuentro de las ansiedades existenciales de las personas, enfrentando sus más profundas angustias y preocupaciones a partir de la teología de la cruz. Desvía la atención de las personas de las terribles imágenes que las atemorizan y las dirige hacia Cristo Jesús, que en la cruz venció a la muerte, el pecado y el infierno. En Cristo se resuelve también el viejo problema de la predestinación. La fe evangélica es agarrarse a este Cristo que es Vida. La fe, entonces, es algo bien concreto, que sostiene a la persona no apenas en el día a día, sino también en el fin de esta vida, en la muerte. Los “documentos” de la vida que se tienen en Cristo y las “promesas visibles” de Dios son los sacramentos, recibidos en la fe. En aquella época, Lutero todavía consideraba como sacramentos, además del Bautismo y de la Santa Cena (Eucaristía), a la Penitencia (confesión de los pecados y la Absolución) y a la Unción de los Enfermos (Extremaunción). Poco después, no vería más en estas últimas dos prácticas sacramentos instituidos por Cristo. También es importante, justamente en la hora de la muerte, el hecho de que el cristiano sea parte de la “comunidad de los santos”, confesada en el Credo Apostólico, o sea, de la comunidad terrena de los cristianos juntamente con la comunidad celestial de los ángeles y de los santos. En el presente escrito, Lutero muestra con claridad que la justificación por la fe es el poder por el cual se puede vivir y *también morir*, y que Jesucristo es el único consuelo y apoyo firme no sólo en vida, sino *también en la muerte*.

Este sermón es una de las más bellas obras de toda la literatura pastoral de los inicios del cristianismo evangélico. La búsqueda por el mismo fue tanta que, incluso en el año 1519, esto es, en poco más de dos meses, fue reeditado cinco veces. Hasta 1525 hubo, en total, 21 reediciones, además de dos traducciones latinas – una señal inequívoca de su enorme popularidad.

Joachim Fischer.

I. La preparación corporal y espiritual para la muerte

La preparación corporal

1. Como la muerte es una despedida de este mundo y de todos sus afanes, es necesario que el ser humano tenga claridad sobre sus bienes temporales, sobre cómo deben quedar o sobre cómo pretende ordenarlos. Él debe hacer eso para que, después de su muerte, no quede como motivo para risa, discordia o algún otro malentendido entre sus parientes. Se trata de una despedida corporal, o exterior, de este mundo, en que el ser humano abandona y se despide de sus bienes.

La preparación espiritual

2. En segundo lugar, debemos despedirnos también espiritualmente. Esto es: únicamente por causa de Dios, debemos perdonar amablemente a todas las personas, por más que nos hayan ofendido. Por otro lado, únicamente por causa de Dios, debemos también desear el perdón de todas las personas, muchas de las cuales sin duda ofendemos, al menos con mal ejemplo o con menos buenas obras de las que debíamos, de acuerdo al mandamiento del amor fraternal cristiano. Debemos hacer eso para que el alma no quede apegada a algún afán en la tierra.

3. Cuando nos despedimos de todos en la tierra, entonces debemos volvernos solamente hacia Dios, porque es hacia allá que se dirige y es hacia allá que nos conduce el camino de la muerte. Ahí inicia la puerta estrecha, el camino apretado hacia la vida, por donde cada uno se debe aventurar con buen ánimo, pues el camino es, por cierto, muy estrecho, aunque no es largo. Ocurre en este caso lo mismo que sucede cuando nace un niño, con peligros y temores, desde la pequeña morada del vientre materno hacia dentro de este vasto cielo y de esta vasta tierra, es decir, que viene a este mundo. Sin embargo, el cielo y el mundo en que vivimos ahora sean considerados grandes y vastos, todo es mucho más apretado y menor en comparación con el cielo que nos aguarda de lo que es el vientre materno comparado con este cielo. Es por eso que la muerte de los queridos santos es llamada de nuevo nacimiento; es por eso también que el día dedicada a ellos es llamado, en latín, *natale*, día de su nacimiento. Sin embargo, lo estrecho del pasaje hacia la muerte hace que esta vida nos parezca amplia, y aquella, estrecha. Por esta razón debemos creer en eso y aprender del nacimiento corporal de un niño. Así lo dice Cristo: “La mujer cuando da a luz, tiene dolor, porque ha llegado su hora; pero después que ha dado a luz un niño, ya no se acuerda de la angustia, por el gozo de que haya nacido un hombre en el mundo” (Jn. 16:21). Lo mismo vale para la muerte: debemos librarnos del miedo y saber que, después, habrá mucho espacio y alegría.

4. Tales arreglos y preparativos para ese viaje consisten, en primer lugar, en hacer uso de una confesión sincera (principalmente de los pecados mayores, y de los que, en el momento, conseguimos recordar con la máxima nitidez) y de los santos sacramentos cristianos del santo y verdadero Cuerpo de Cristo y de la Extremaunción, en desear estos sacramentos con devoción y en recibirlos con mucha confianza, en la medida en que es posible obtenerlos. Donde eso no es posible, el anhelo y el deseo por esos sacramentos deben, aun así, ser un consuelo, y no debemos atemorizarnos demasiado con eso [si no podemos recibirlos]. Cristo dice: “Al que cree todo le es posible” (Mc. 9:23). Pues los sacramentos no son otra cosa sino señales que sirven a la fe e incitan a creer, como más adelante veremos. Sin esa fe, ellos de nada aprovechan.

5. En todo caso, debemos tratar, con toda seriedad y empeño, de estimar grandemente y honrar los santos sacramentos, de confiar en ellos libre y alegremente, y de colocarlos de tal forma en la balanza que, en comparación con el pecado, la muerte y el infierno, ellos pesen mucho más. También debemos preocuparnos mucho más con los

sacramentos y sus beneficios de que con nuestros pecados. Debemos, por eso, saber cómo prestar la debida honra a los sacramentos y cuáles con sus beneficios. Honrarlos consiste en creer que es verdadero y que me sucederá lo que los sacramentos señalan, y todo lo que Dios en ellos habla e indica. Por lo tanto, debemos decir junto con María, la madre de Dios, con firme fe: “Hágase conmigo conforme a tu Palabra” (Lc. 1:38). Visto que en ellos Dios mismo habla y coloca señales por intermedio del sacerdote, no se puede deshonrar más a Dios en su Palabra y obra que dudando si es realmente verdad. Y no se puede dar a Dios mayor honra que creer que es verdad [lo que habla y hace] y confiar en eso libremente.

II. Las imágenes de la muerte, el pecado y el infierno

6. Para conocer los beneficios de los sacramentos, debemos conocer primero las corrupciones combatidas por ellos, y contra las cuales nos fueron dados. Son tres: la primera es la imagen horrible de la muerte; la segunda, la imagen aterradora y multifacética del pecado; la tercera, la imagen insoportable e inevitable del infierno y de la condenación eterna.

La imagen horrible de la muerte

Mira, cada una de esas tres imágenes crece y queda grande y fuerte por causa de aquello que se le agrega: la muerte se torna enorme y horrible porque la cobarde y desalentada naturaleza [humana] aumenta esa imagen y porque la mantiene demasiado cerca de sus ojos. A eso el diablo agrega su parte, para que el ser humano se concentre profundamente en la apariencia e imagen terrible de la muerte, quedando así afligido, vulnerable y miedoso. Entonces el diablo ciertamente le presentará todas las muertes terribles, repentinas, que más de una persona vio, oyó o sobre las cuales ya leyó. Además de eso, incluirá también a la ira de Dios, de cómo ella, en tiempos pasados, atormentó y arruinó los pecados aquí y allá. Con eso el diablo quiere inducir a la cobarde naturaleza [humana] hacia el temor a la muerte, el amor por la vida y el preocuparse por ella, de suerte que el ser humano, sobrecargado con tales pensamientos, se olvide de Dios, huya de la muerte y la odie y, así, al final se rebele y permanezca desobediente a Dios. Porque cuanto más profundamente es contemplada la muerte, encarada y reconocida, tanto más difícil y peligroso es el morir. Durante la vida, deberíamos ocuparnos con la idea de la muerte y confrontarnos con ella, mientras todavía esté distante y no nos atormenta. Pero al morir, cuando la muerte por sí misma ya es demasiado fuerte, el ocuparse con ella es peligroso y no sirve de nada. Entonces debemos apartar su imagen de nuestra mente y rehusarnos a verla, como oiremos más adelante. Por lo tanto, la muerte posee su poder y su fuerza en la cobardía de nuestra naturaleza y en el hecho de ser encarada o contemplada de modo excesivo y en tiempo inoportuno.

La imagen aterradora del pecado

7. También el pecado crece y se torna grande, por el hecho de que lo encaramos en exceso y de pensar en él con demasiada insistencia. Contribuye a eso la cobardía de nuestra conciencia, que se avergüenza delante de Dios y se acusa a sí misma horriblemente. Ahí el diablo encontró la trampa que buscaba: ahí él nos pone en apuros; ahí torna los pecados grandes y numerosos; ahí va a poner frente a nuestros ojos a todos los que pecaron y que fueron condenados con bien menos pecados. Así, una vez más, el ser humano se desvanece o no quiere morir y, de esta manera, se olvida de Dios y persiste en la desobediencia, hasta que muere. Esto sucede principalmente porque el ser humano

cree que, en aquel momento, debe encontrarse en pecado, y que es correcto y apropiado ocuparse con eso. Entonces él se da cuenta que no está preparado ni correctamente vestido, a tal punto, que hasta todas sus buenas obras se transformaron en pecados. De eso resulta forzosamente el morir con disgusto, la desobediencia a la voluntad de Dios y la condenación eterna. Porque no hay razón ni tiempo en aquella hora para examinar el pecado; eso debe ser hecho en vida. Así, el espíritu maligno nos distorsiona todo: en vida, cuando deberíamos tener constantemente delante de nuestros ojos la imagen de la muerte, del pecado y del infierno (conforme a lo que dice el Salmo 51:3: “Mi pecado está siempre delante de mí”), él nos cierra los ojos y nos oculta estas imágenes. En la hora de la muerte, cuando deberíamos tener delante de los ojos apenas la vida, la gracia y la salvación, entonces es que él nos abre los ojos y nos atemoriza con las imágenes venidas de una época inoportuna, para que no veamos las imágenes adecuadas.

La imagen insoportable del infierno

8. También el infierno queda grande y crece cuando nos concentramos demasiado y reflexionamos con dedicación en él, fuera de la época apropiada. Para eso contribuye enormemente el hecho de no conocerse el juicio de Dios. El espíritu maligno impulsa al alma sobrecargarse con una curiosidad innecesaria e inútil, y más todavía: con el emprendimiento más peligroso de indagar el misterio del designio de Dios, para saber si está predestinado o no [para la salvación]. Es aquí que el diablo ejerce su última, mayor y más astuta arte y capacidad. Pues con eso lleva al ser humano (en caso de que este no se prevenga) a colocarse por encima de Dios, para que procure mediante señales de la voluntad divina y quede impaciente porque no les es dado saber si es predestinado. Hace que el ser humano sospeche de su Dios, al punto de casi desear otro Dios. En resumen, aquí el diablo intenta apagar el amor a Dios con un ciclón y despertar el odio a Dios. Cuanto más el ser humano sigue al diablo y tolera sus pensamientos, tanto más peligrosa es su posición y, por fin, no consigue más aguantar, cayendo en el odio y en la blasfemia contra Dios. Porque se quiero saber si soy predestinado, ¿qué otra cosa es sino que quiero saber todo lo que Dios sabe e igualarme a él, de modo que él no sepa nada más de lo que yo sé, y que así no sea Dios, ya que no debe estar por encima de mi saber? Entonces el diablo nos muestra cuántos gentiles, judíos y cristianos se pierden, llegando con tales pensamientos peligrosos e inútiles, al punto de hacer con que el ser humano quede con una mala voluntad en este punto, incluso que ya no muera más de buena gana. Ser afligido por pensamientos sobre su predestinación, significa ser afligido por el infierno. Sobre eso hay muchas lamentaciones en los Salmos. Quien es victorioso en este punto, ha vencido de una sola vez al infierno, el pecado y la muerte.

9. En esta situación, debemos esforzarnos al máximo para no invitar a ninguna de esas tres imágenes a entrar en nuestra casa, y para no diseñar la imagen del diablo sobre nuestra puerta. Ellas, por sí mismas, van a querer entrar con violencia, y querer poseer totalmente el corazón, a través de su aspecto, de sus debates y sus demostraciones. Y donde eso sucede, el ser humano está perdido, y Dios fue completamente olvidado, pues esas imágenes no caben en este tiempo, excepto para ser combatidas y expulsadas. Sí, donde ellas estuvieren solas, sin dejar aparecer otras imágenes, su único destino es el infierno, entre los diablos.

En cuanto a quien quisiera combatir las con éxito y expulsarlas, no le bastará agarrarse, enrollarse y luchar con ellas, porque serán demasiado fuertes, y la cosa irá de mal en peor. El modo correcto es descartarlas por completo y no tener nada que ver con ellas. Pero, ¿cómo sucede eso? Sucede de la siguiente manera: Debes ver la muerte desde la vida, el pecado desde la gracia, y el infierno desde el cielo. Y no te debes dejar apartar de ese modo de encarar o mirar las cosas, aunque todos los ángeles, todas las

criaturas, sí, aunque te parezca que el propio Dios te presentan algo diferente. Sin embargo, no son ellos lo que hacen esto; es el propio espíritu maligno quien causa esa impresión. Entonces, ¿cómo se debe proceder?

III. Contemplar la muerte, el pecado y el infierno a través de Cristo en la cruz

Contemplar la muerte a través de la muerte de Cristo en la cruz

10. No debes mirar o contemplar a la muerte en sí misma, ni en ti o en tu naturaleza, ni en aquellos que fueron muertos por la ira de Dios y que fueron vencidos por la muerte. Si lo haces, estás perdido y eres vencido juntamente con ellos. Por el contrario, debes desviar con fuerza esa imagen de tus ojos, de los pensamientos de tu corazón y de todos tus sentidos, y encarnar la muerte con intensidad y dedicación apenas en aquellos que murieron en la gracia de Dios y que vencieron a la muerte, sobretodo en Cristo, y luego en todos sus santos. Es que en estas imágenes la muerte no te parecerá tan horrible y aterradora, pero sí despreciable y muerta, ahogada por la vida y vencida. Porque Cristo es nada más que pura Vida, y sus santos también. Cuando más profunda y de manera más intensa grabes esa imagen y la mires, tanto más disminuirá la imagen de la muerte y desaparecerá por sí sola, sin lucha y sin pelea. Y de este modo tu corazón hallará la paz y podrá morir tranquilamente con Cristo y en Cristo, como está escrito en Apocalipsis 14:13: “Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor”. Es a eso que apunta Números 21:66 y sig.: cuando fueron mordidos por las serpientes abrasadoras, los hijos de Israel no precisaron combatirlas, sino que debían mirar hacia la serpiente muerta de bronce; entonces las serpientes vivas caían por sí mismas y perecían. De la misma manera, debes ocuparte solamente de la muerte de Cristo; entonces hallarás la vida. Sin embargo, si miras a la muerte en otra dirección, ella te mata con gran quebranto y tormento. Es por eso que Cristo dice: “Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo (esto significa también en nosotros mismos) tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo” (Jn. 16:33).

Contemplar el pecado a través de la gracia de Cristo en la cruz

11. Del mismo modo, no debes contemplar el pecado en los pecadores, ni en tu conciencia, ni en aquellos que permanecieron definitivamente en pecados y que fueron condenados, de otro modo quedarás atrás y serás vencido. Debes, esto sí, desviar tus pensamientos de eso, y no contemplar el pecado, sino desde la imagen de la gracia. Debes grabar esta imagen con todas las fuerzas y tenerla delante de tus ojos. A imagen de la gracia no es otra cosa que Cristo en la cruz, y en todos sus queridos santos.

¿Cómo se debe entender eso? Que Cristo quita de ti tu pecado en la cruz, o que lo carga por ti y lo ahoga. Eso es la gracia y la misericordia. Creer firmemente en eso, tenerlo delante de los ojos y no dudar de eso, es lo que significa tomar la imagen de la gracia y grabarla. De la misma forma, todos los santos, en su sufrir y morir, también cargan sobre sí tus pecados, sufriendo y trabajando por ti, conforme a lo que está escrito: “sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo” (Gl. 6:2). Del mismo modo, él mismo dice en Mateo 11:28: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar”. Como ves, así tú puedes encarar tu pecado con seguridad, fuera de tu conciencia. Mira, ahí los pecados ya no son más tus pecados. ¡Están vencidos y devorados por Cristo! Porque así como él toma sobre sí mismo tu muerte y la ahoga, para que ella no te haga más ningún mal, cuando crees que él hizo eso por ti y cuando ves tu muerte en su muerte, aunque no en ti mismo; de la misma manera él

también toma sobre sí mismo tus pecados y los vence por ti en su justicia, por pura gracia. Cuando crees esto, ellos no te harán más ningún mal. Así Cristo, la imagen misma de la Vida y de la Gracia, es nuestro consuelo contra la imagen de la muerte y del pecado. Es eso lo que san Pablo afirma en 1 Corintios 15:57: “Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo”.

Contemplar el infierno a través del desamparo de Cristo en la cruz

12. No debes contemplar el infierno y la eternidad de los tormentos, junto con la predestinación, en ti mismo, ni en ella misma, ni en aquellos que fueron condenados. Tampoco te debes preocupar con tantas personas en todo el mundo [si es] que no fueron predestinadas [para salvación]. Si no tomas cuidado, esta imagen después te derrumbará y te lanzará al suelo. Por esta razón, aquí debes tener fuerza, manteniendo los ojos bien cerrados delante de esta visión. Pues ella es totalmente inútil, por más que te ocupes de ella durante mil años, y de repente te arruina. Debes dejar que Dios sea Dios, que él sepa más sobre ti que tú mismo. Por eso, mira a la imagen celestial, a Cristo. Es por tu causa que él descendió al infierno y fue abandonado por Dios, como alguien condenado eternamente, cuando dice en la cruz: “*Eli, Eli, ¿lama sabactani?* Esto es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (Mt. 27:46). En esta imagen está vencido tu infierno, y tu predestinación incierta se torna segura. Porque si te ocupas tan sólo con eso y crees que eso sucedió por ti, ciertamente eres salvo en esa misma fe. Por eso, no dejes que esa imagen te sea quitada de los ojos y ocúpate solamente en Cristo, y no en ti mismo, pues entonces te encontrarás eternamente en él.

Por lo tanto, cuando miras hacia Cristo y todos sus santos, y te agrada la gracia de Dios, que así nos escogió, y permaneces firme en ese agrado, también tú ya estás escogido [para salvación], conforme a lo que él dice en Génesis 12:3: “Bendeciré a los que te bendijeren”. Por el contrario, si no te apegas únicamente a eso y recaes en ti mismo, surgirá en un ti una mala voluntad para con Dios y sus santos, y no encontrarás nada bien en ti mismo. Ten cuidado con eso, porque es en esa dirección que el espíritu maligno te conducirá con muchas artimañas.

IV. El consuelo de la triple imagen de Cristo en la cruz

Su anticipo en el Antiguo Testamento

13. Para esas tres imágenes o formas de combate apunta Jueces 7:16 y sig.: Gedeón atacó a los madianitas de noche con 300 hombres, en tres frentes, mas lo único que hizo fue mandar tocar trompetas y destrozar cántaros con antorchas ardiendo dentro, de modo que los enemigos huyeron y se mataron a sí mismos. De la misma forma, la muerte, el pecado y el infierno huyen con todas sus fuerzas si ejercitamos en nosotros las imágenes luminosas de Cristo y de todos sus santos en la noche, esto es, en la fe, que no ni quiere ver las imágenes maléficas; y si además de eso nos animamos y fortalecemos con la Palabra de Dios como que con trompetas. En este sentido, Isaías 9:4 presenta, de manera muy bella, la misma comparación contra las mismas tres imágenes, diciendo sobre Cristo: “Porque tú quebraste su pesado yugo, y la vara de su hombro, y el cetro de su opresor, como en el día de Madián” [al mando de Gedeón]. Es como si dijera: “El pecado de tu pueblo (que es un fardo de gran peso en su conciencia), y la muerte (que es un vara de castigo que le lastima sus espaldas) y el infierno (que es un cetro y poder del opresor, con el que exige impuesto eterno por el pecado), todo eso tú lo venciste, como sucedió en los tiempos de Madián, es decir, por la fe, mediante la cual Gedeón ahuyentó a los enemigos sin un solo golpe de espada”.

Su cumplimiento en el Nuevo Testamento

¿Cuándo es que él hizo eso? En la cruz. Ahí se preparó a sí mismo por nosotros como una triple imagen a ser presentada a nuestra fe, contra las tres imágenes con las cuales el espíritu maligno y nuestra naturaleza nos afligían para arrancarnos de la fe. Es Él la imagen viva e inmortal contra la muerte, que él sufrió, pero que venció en su vida a través de su resurrección de los muertos. Es Él la imagen de la gracia de Dios contra el pecado, que tomó sobre sí mismo, y lo venció, a través de su insuperable obediencia. Es Él la imagen celestial, Aquel que, abandonado por Dios como un condenado, venció el infierno, a través de su amor todopoderoso, dando testimonio, así, que es el Hijo más querido y que consiguió eso como propiedad de todos nosotros, cuando así lo creemos.

Cristo mismo fue confrontado por la muerte, el pecado y el infierno

14. Como si todo eso no bastara, Él no venció apenas el pecado, la muerte y el infierno en sí mismo, y nos convocó a creer en eso, sino que para nuestro mayor consuelo, sufrió y venció, Él mismo, al sufrimiento que esas imágenes nos causan. Él fue afligido por la imagen de la muerte, del pecado y del infierno tanto como los somos nosotros. Fue confrontado con la imagen de la muerte cuando los judíos le dijeron: “Si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz” (Mt. 27:40), “A otros salvó” (Mc. 15:31; “sálvate a ti mismo” (Mc. 15:30). Es como si dijeren: “Ves, ahí tienes la muerte delante de tus ojos. Tú debes morir; nada se puede hacer contra eso”. De esa manera es que el diablo confronta a una persona moribunda con la imagen de la muerte, y sacude su cobarde naturaleza [humana] con una imagen aterradora.

Ellos también lo confrontan con la imagen del pecado: “A otros salvó... Si eres Hijo de Dios, desciende” (Mt. 27:42, 40). Es como si dijeren: “Sus obras fueron falsas y fueron más que un engaño. Él no es el Hijo de Dios, sino del diablo, a quien pertenece en cuerpo y alma. Nunca hizo nada bueno, solamente cometió maldad”.

La imagen del infierno fue soltada contra Él cuando dijeron: “Confío en Dios; líbrele ahora si le quiere; porque ha dicho: Soy Hijo de Dios” (Mt. 27:43). Es como si dijeren: El lugar donde pertenece es el infierno. Dios no lo predestinó; está condenado para siempre. No vale la pena confiar ni esperar; todo es en vano”.

Y así como los judíos confrontaron a Cristo de manera desordenada con esas tres imágenes, de la misma forma el ser humano es asaltado de manera desordenada por las mismas imágenes de una sola vez, para que sea perturbado y luego desespere, como el Señor describe la destrucción de Jerusalén en Lucas 19:43 y sig.: Que sus enemigos la rodean con una trinchera, de modo que no puedan salir, eso es la muerte. Que en todo los lugares los atemorizan y los persiguen, de modo que no puedan quedar en ningún lugar, eso son los pecados. En tercer lugar, que la arrasan y no dejan piedra sobre piedra, eso es el infierno y la desesperación.

Como vemos, Cristo permanece en silencio frente a todas las palabras e imágenes horribles, no las combate, hace de cuenta que no las oye o ve, no responde nada (pues si hubiera respondido, solo habría dado motivo para que se burlaran y se manifestaran con mayor vigor y horror). Cristo sólo presta atención a la voluntad más amada de su Padre, tan contemplativamente, que se olvida de su muerte, de su pecado, de su infierno, que habían sido lanzados contra Él; inclusive intercede por ellos [los fariseos], por la muerte, por el pecado y por el infierno de ellos. De la misma forma, debemos nosotros dejar que las mismas imágenes nos asalten y nos abandonen, de la manera que quieran o puedan. Mientras tanto, debemos pensar solamente en apegarnos a la voluntad de Dios, la cual es que nos agarremos a Cristo y confiemos firmemente que nuestra muerte, pecado e infierno en él fueron vencidos en nuestro favor, y que no pueden hacernos

ningún mal, de suerte que únicamente la imagen de Cristo esté en nosotros, y que sólo con Él conversemos y tratemos.

V. El beneficio y la estima de los santos sacramentos

El beneficio de los santos sacramentos

15. Volvamos ahora a los santos sacramentos y sus beneficios, a fin de aprender para qué sirven y a utilizarlos. La persona a quien son concedidos la gracia y el tiempo de confesarse, ser absuelta, recibir la Eucaristía y la Extremaunción, tiene motivos abundantes para amar a Dios, alabarle y agradecerle, y para morir con alegría, con tal de que confíe y crea de forma consoladora en los sacramentos, como ya fue dicho antes. Porque en los sacramentos tu Dios, Cristo mismo, es quien obra, habla y actúa contigo a través del sacerdote. Ahí no suceden obras o palabras humanas, sino que Dios mismo te promete todo lo que fue dicho recién sobre Cristo, y quiere que los sacramentos sean un signo y un documento de eso: La vida de Cristo tomó sobre sí y venció a tu muerte; su obediencia, tomó tu pecado; y su amor, tomó tu infierno. Además de eso, por medio de los mismos sacramentos eres incorporado y unido a todos los santos, y entras en la verdadera comunión de los santos, de suerte que ellos mueren contigo en Cristo, contigo cargan el pecado y vencen el infierno. De eso se sigue que los sacramentos (es decir, las palabras externas de Dios, habladas a través de un sacerdote), son un consuelo muy grande, y como que una señal visible del propósito divino, al que debemos apegarnos con una fe firme, como si fuesen un buen bastón, como aquel con el cual Jacob, el patriarca, atravesó el río Jordán (Gn. 32:10), o como si fuesen una linterna por la cual debemos orientarnos y para la cual debemos mirar con todo el empeño al dirigirnos en el camino oscuro de la muerte, del pecado y del infierno. Es como dice el profeta: “Lámpara es a mis pies tu Palabra, y lumbrera a mi camino” (Sal. 119:105). Y san Pedro: “Tenemos también la Palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbrá en lugar oscuro” (2 Pe. 1:19). No hay otra cosa que pueda ayudar en la aflicción de la muerte, porque con esa señal son salvos todos los que alcanzan la salvación. Ella apunta hacia Cristo y su imagen, para que puedas decir contra la imagen de la muerte, del pecado y del infierno: “Dios me prometió y me dio una señal cierta de su gracia en los sacramentos: la vida de Cristo venció mi muerte en su muerte; su obediencia aniquiló mi pecado en su sufrimiento; su amor destruyó mi infierno en su desamparo. La señal, la promesa de mi salvación, no mentirá ni me engañará. Dios dice y Dios no puede mentir, ni con palabras ni con obras”. En cuanto a quien así hace alarde y se apoya en los sacramentos, su elección y predestinación vendrá de por sí, sin su preocupación y esfuerzo.

La estima de los santos sacramentos

16. Entonces, importa muchísimo que se tenga en alta estima, se honre y se confíe en los santos sacramentos, en los cuales suceden no solamente palabras, promesas y señales de Dios. Esto quiere decir que no se debe dudar de los sacramentos ni de las cosas de las que son señales ciertas; si se duda de eso, está todo perdido. Porque así como creemos, tal nos sucederá, como dice Cristo (Mt. 21:21). ¿De qué sirve que imaginases y creyeras que la muerte, el pecado y el infierno de los otros fueron vencidos por Cristo, si no crees también que tu propia muerte, tu propio pecado y tu propio infierno fueron allí [en la cruz] vencidos en tu favor y que, así, tú eres salvo? En ese caso, el sacramento sería totalmente en vano, por cuanto no crees en aquello que te es indicado, dado y prometido allí. Eso constituye el pecado más cruel que puede haber, ya

que por medio de él Dios mismo es tomado por mentiroso en su Palabra, su señal y su obra, como si fuera alguien que habla, muestra y promete algo que no tiene en mente ni quiere cumplir. Por eso no se debe jugar con los sacramentos. Precisa haber la fe, que confía en ellos y, con alegría, se aventura afirmada en tales señales y promesas de Dios. ¿Qué salvador o Dios sería ese que no pudiese o quisiese salvarnos de la muerte, del pecado y el infierno? Lo que el verdadero Dios promete y realiza precisa ser grandioso.

Pero entonces viene el diablo y te insinúa: “¿Qué sería de mí si hubiese recibido los sacramentos de forma indigna y me hubiese despojado de tal gracia por mi propia indignidad?” En este caso, haz la señal de la cruz, y no te dejes perturbar por la dignidad o indignidad. Apenas trata de creer que son señales ciertas, palabras verdaderas de Dios; entonces eres y permaneces digno. La fe torna a la persona digna; la duda la torna indigna. Por eso, el espíritu maligno te quiere engañar con otra dignidad e indignidad, a fin de suscitar un duda en ti y, así, anular los sacramentos juntamente con sus efectos y transformar a Dios en un mentiroso en sus palabras.

Dios no te concede nada por causa de tu dignidad ni edifica su Palabra y sacramentos sobre tu dignidad, sino que de pura gracia, te edifica a ti, persona indigna, sobre su Palabra y su señal. Es en eso que debes apegarte y decir: “Aquel que me da y me dio su señal y su Palabra –de que la vida, la gracia y el cielo de Cristo tornaron inofensivos mi muerte, mi pecado e infierno por mí – es Dios y cumplirá eso. Si el sacerdote me absolvió, entonces confío en eso como la palabra del propio Dios. Como son las palabras de Dios, ha de ser verdad. En eso permanezco y en eso muero”. Pues debes confiar en la absolución del sacerdote tan firmemente como si Dios te enviase un ángel o un apóstol especial, sí, como si Cristo mismo te absolviese.

17. Mira, tal ventaja tiene quien recibe los sacramentos: obtiene una señal y una promesa de Dios en que puede ejercitar y fortalecer su fe, de que fue llamado en la imagen y en los bienes de Cristo. Por no tener esas señales [de los sacramentos], las demás personas se esfuerzan solamente en la fe y los reciben con el anhelo de su corazón, y también ellas son salvas si perseveran en la misma fe. De la misma forma, debes decir sobre el Sacramento del Altar: “Si el sacerdote me dio el santo cuerpo de Cristo, que es una señal y promesa de la comunión con todos los ángeles y santos, señal y promesa de que me quieren bien, cuidan de mí, interceden por mí y sufren junto conmigo, mueren, cargan el pecado y vencen el infierno, entonces así será y así debe ser. La señal divina no me engaña, y no permito que ella me sea quitada. Prefiero renegar del mundo entero e incluso de mí mismo, antes que dudar que mi Dios me es cierto y veraz en esta señal y promesa. Sea yo digno de él o no, soy miembro de la cristiandad, conforme a la Palabra y la señal de este sacramento. Es mejor que sea indigno del mismo de que Dios sea tenido por alguien que falta con la verdad. ¡Apártate de mí, diablo, en caso que me digas algo diferente!”.

Como ahora ves, existen muchas personas que gustarían de tener certeza de eso o que gustarían de recibir una señal del cielo con respecto a su situación con Dios, que gustarían saber si están predestinadas [para la vida eterna]. Pero si recibieran tal señal e incluso así no creyeran, ¿de qué les serviría? Si no hay fe, ¿qué servicio tendrían todas las señales? ¿De qué le sirvieron a los judíos las señales de Cristo y de los apóstoles? ¿De qué sirven incluso hoy las venerabilísimas señales de los sacramentos y de las palabras de Dios? ¿Por qué no se atienen a los sacramentos, que son señales ciertas e instituidas, verificados y probados por todos los santos, y comprobados como ciertos por todas las personas que en ellos confiaron y que obtuvieron lo que ellos indican? De esta manera deberíamos aprender a reconocer los sacramentos: lo que son, para qué sirven, cómo deben ser usados. Así descubrimos que no hay nada mayor sobre la tierra que puede reconfortar tan afablemente los corazones afligidos y las conciencias

cargadas. Pues en los sacramentos hay palabras de Dios, que sirven para mostrarnos y prometernos a Cristo, juntamente con todos sus bienes (que son Él mismo) contra la muerte, el pecado y el infierno. Ahora, no hay nada más agradable y deseable que oír que la muerte, el pecado y el infierno fueron aniquilados. Esto sucede a través de Cristo en nosotros, cuando utilizamos el sacramento correctamente. El uso [correcto] no es otra cosa sino creer que es así como los sacramentos, mediante la palabra de Dios, prometen y afianzan. Por eso, es preciso no apenas contemplar las tres imágenes en Cristo y, con ellas, expulsar y apartar las contra-imágenes, sino también tener una señal cierta que nos asegure que así nos fue dado: son los sacramentos.

VI. Dios y la comunión de los santos en la hora de la muerte

Ningún cristiano está sólo en la hora de la muerte

18. Ningún cristiano debe, en el final de su vida, dudar que no está sólo al morir. Debe tener la certeza de que, conforme indica el sacramento, muchos ojos están puestos en él. Primero, los ojos del propio Dios y de Cristo, porque cree en su Palabra y se apega a su sacramento. Después, los queridos ángeles, los santos y todos los cristianos, pues no hay duda de que, como indica el Sacramento del Altar, todos acuden, como un solo cuerpo, a socorrer a su miembro (1 Co. 12:26), ayudándolo a vencer la muerte, el pecado y el infierno, y cargan todos juntos con él. Ahí se realiza con seriedad y poder la obra de amor y de la comunión de los santos. Y el cristiano también debe ponerla delante de sus ojos y no dudar de ella. De eso va a tomar coraje para morir. Porque quien duda de eso más de una vez no cree en el venerabilísimo Sacramento del Cuerpo de Cristo, en cual son mostrados, prometidos y afianzados la comunión, la ayuda, el amor, el consuelo y el apoyo de todos los santos en todas las necesidades. Pues si crees en las señales y palabras de Dios, Él mira por ti, como dice el Salmo 32:8: “Sobre ti fijaré mis ojos”. Así como Dios mira por ti, también lo hacen todos los ángeles, todos los santos, todas las criaturas, y si permaneces en la fe, todos te sostienen en sus manos. Cuando tu alma se va, ellos están presentes y la reciben; no puedes sucumbir. Ese es el testimonio dado por Eliseo en 2 Reyes 6:16 y sig., al decir a su siervo: “No tengas miedo, porque más son los que están con nosotros que los que están con ellos”, aunque los enemigos los tenían rodeados y no vieran a nadie más. Pero Dios abrió los ojos del siervo; entonces una gran tropa de gente a caballo y de carros de fuego estaban a su alrededor. Lo mismo ciertamente sucede con todo aquel que cree en Dios. Es ese el sentido de los siguientes pasajes: “El ángel del Señor acampa alrededor de los que le temen, y los defiende” (Sal. 34:7); “Los que confían en el Señor son como el monte de Sion, que no se mueve, sino que permanece para siempre. Como Jerusalén tiene montes (esto es ángeles) alrededor de ella, así el Señor está alrededor de su pueblo desde ahora y para siempre” (Sal. 125:1-2). “Pues a sus ángeles mandará acerca de ti, que te guarden en todos tus caminos. En las manos te llevarán, para que tu pie no tropiece en piedra. Sobre el león y el áspid pisarás; hollarás al cachorro del león y al dragón (esto significa que toda la fuerza y astucia del diablo no te afectarán). Por cuanto en mí ha puesto su amor, yo también lo libraré; le pondré en alto, por cuanto ha conocido mi nombre. Me invocará, y yo le responderé; con él estaré yo en la angustia; lo libraré y le glorificaré. Lo saciaré de larga vida, y le mostraré mi salvación” (Sal. 91:11-16). De la misma forma, el apóstol (Heb. 1:14) también dice que los ángeles, que son incontables, están siempre ahí para servir y que son enviados para causa de aquellos que serán salvos.

Todo eso es grandioso. ¿Quién lo creará? Por eso, debemos saber que son obras de Dios. Ellas son más grandes de lo que alguien pueda imaginar. No obstante, Él las

realiza en una señal tan pequeña, en los sacramentos, a fin de enseñarnos cuán grande es la verdadera fe en Dios.

La oración en la hora de la muerte

19. Sin embargo, nadie debe tener la presunción de hacer esas cosas por sus propias fuerzas. Debemos pedir a Dios, con humildad, que Él cree y mantenga en nosotros tal fe y comprensión de sus santos sacramentos, para que procedamos con temor y humildad, y no atribuyamos tal obra a nosotros mismos, sino que dejemos la honra a Dios. Además de eso, la persona debe invocar a todos los santos ángeles, especialmente su ángel [de la guarda], a la madre de Dios, a todos los apóstoles y queridos santos, particularmente aquellos por los cuales Dios le dio una devoción especial. Mas debe orar de tal forma, que no dude que la oración será atendida. Tiene dos motivos para eso: en primer lugar, acaba de oír de la Escritura cómo Dios les ordenó [a sus ángeles, Sal. 91:11 y sig.] y cómo el sacramento concede que deben amar y ayudar a todas las personas que creen. Esto es lo que debemos presentarles y es de esto que debemos amonestarlos, no porque ellos no supiesen de esto o porque de otra forma no lo harían, sino para que la fe y la confianza en ellos y, a través de ellos, en Dios, se torne más fuerte y alegre para enfrentar la muerte. El otro motivo es que Dios ordenó que, cuando queremos orar, creamos firmemente que lo que pedimos sucederá, y que haya un verdadero “amén”. Ese mandamiento también debe ser presentado a Dios, diciendo: “Dios mío, tu ordenaste que pidamos y creamos que la petición será atendida. Es por esto que te pido y que confío que no me abandonarás y me darás una fe verdadera”.

Además de eso, durante toda la vida se debe pedir a Dios y a sus santos una fe verdadera para la última hora, como se canta de manera muy bella en Pentecostés: “Ahora pedimos al Espíritu Santo sobretodo fe verdadera para cuando partimos de este lugar extranjero a nuestro hogar”, etc. Y cuando haya llegado la hora de la muerte, se debe recordar esa oración a Dios, además de su mandamiento y promesa, sin dudar de manera alguna que ella será atendida. Pues si Dios ordenó que pidiéramos y confiáramos en la oración, dando, incluso, la gracia de poderle pedir, ¿por qué habríamos de dudar que Él hizo todo eso porque quiere atenderla y cumplirla?

Conclusión

20. Mira, pues: ¿Qué más debe hacer tu Dios por ti, para que aceptes la muerte de buena manera, no la temas, y la venzas? Él te muestra y te da, en Cristo, la imagen de la vida, de la gracia, de la salvación, para que no te horrorices delante de la imagen de la muerte, del pecado y del infierno. Además de eso, coloca sobre su amado Hijo tu muerte, tu pecado, tu infierno, vencéndolos y convirtiéndolos en inofensivos para ti. Todavía más: expone a su Hijo al sufrimiento que te causan la muerte, el pecado y el infierno, te enseña a perseverar en tal situación y torna ese sufrimiento inofensivo y, además de eso, tolerable. Él te da un signo cierto de todo eso, para que nunca dudes de eso, a saber, los santos sacramentos. Ordena a sus ángeles, a todos los santos, a todas las criaturas que, con Él, miren por ti, cuiden de tu alma y la reciban. Ordena que debes pedir eso de Él y estar seguro de que serás atendido. ¿Qué puede o debe hacer Él además de eso? Por lo tanto, ves que Él es un Dios verdadero y realiza obras apropiadas, grandes y divinas contigo. ¿Por qué no habría Él de imponerte algo grande (como es la muerte), si añade semejante privilegio, ayuda y fuerza, para mostrarte de lo que es capaz su gracia, como dice el Sal. 111:2: “Grandes son las obras del Señor, buscadas de todos los que las quieren?”

Por eso, debemos empeñarnos en agradecer con gran alegría de corazón su voluntad divina, porque nos trata con gracia y misericordia de manera tan maravillosa, abundante e inmensa, contra la muerte, el pecado y el infierno. También no debemos temer tanto a la muerte, sino alabar y amar tan solo su gracia, porque el amor y la alabanza alivian mucho el morir, como Él dice por medio de Isaías: “Para alabanza mía la reprimiré [a mi ira] para no destruirte” (Is. 48:9). Que Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo nos ayude. Amén.